

Musas en vilo

Silvia Hernández

Image not found.

Capítulo 1

Levanté una ceja y eché cuatro miradas desafiantes a tu ropa, les mandé largarse y si no lo hacían, colgaría del techo a tus lunares con una soga, y sí, cuando nuestras miradas se cruzan sabemos que cada una esconde un secreto, no sé cuál será el tuyo pero el mío no te lo pienso decir pues tengo ocho cuerpos en el trastero. Pero tranquila que a ti te regalaré unos zapatos, para que pienses que podrás irte corriendo mientras yo, esperaré tras la puerta para darte en las narices un puñetazo. ¡Qué historia de amor más violenta! Contaba en el bar cuando iba por la quinta copa, a la octava me quejaba gritándole al camarero y a la décima hablaba sobre ahogarte en la sopa. Y volvía a casa como cada noche bailando con las farolas para encontrarte dormida en el sofá, podría ser romántica y decir que te llevaba a la cama y te arropaba pero la verdad, es que me iba a dormir con la esperanza de que no estuvieras al despertar.

Capítulo 2

¡Está muerta, está muerta! Gritaba el desgraciado marido por el teléfono mientras la esposa, se fusionaba con el suelo y su sangre al lado de la puerta. Pedía una ambulancia a toda prisa que estoy segura de que no llegaría tan rápido como al colgar el móvil lo hacia su risa, que la había matado él a golpes y todavía, decía que era de tanto que la quería. ¿Cómo la voy a matar yo, si era mi sol y me iluminaba cada mañana? Le lloraba al policía que con un palillo se hurgaba entre los dientes y con cara de asco, lo escuchaba de mala gana.

¡Inocente! Sentenciaba el juez, y aquel mazo que golpeó en la mesa se convirtió en la pesadilla de la madre de la difunta hasta que se metió un tiro por última y primera vez.

Pero la historia no acaba aquí pues el marido merece la pena de muerte y que la vida de un mordisco le arranque la suerte, por lo que entre carcajada y carcajada se atragantó con su lengua bífida y como condena, lo enterraron entre memorias y arena, para arrepentirse de sus golpes eternamente.